

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

RESUMEN DEL CAPITULO 3,5 Y 9 DEL LIBRO INTRODUCCION A LA TEOLOGÍA
CRISTIANA

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR JOSÉ C. HERNÁNDEZ, DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO TBS 200 INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA

POR
TAMARA PEREZ ACEVEDO

SAINT JUST, P. R.

DIC,7, 2025

Este capítulo 3 explica que los seres humanos somos criatura hechas por Dios. No somos dioses ni podemos vivir por nuestra cuenta, necesitamos a Dios al mundo y a otras personas. Ser imagen de Dios significa que Él nos dio la capacidad de pensar decidir y hacer el bien. Aunque tenemos un valor especial también somos frágiles y cometemos errores. El pecado daña nuestra relación con Dios y con los demás y por eso existe problemas e injusticias. Aun así, Dios nos dio la responsabilidad de cuidar la creación y vivir de forma correcta. La teología nos ayuda a entender quiénes somos y que propósito Dios tiene para nosotros. A pesar de todo esto el valor del ser humano no desaparece. Seguimos siendo criaturas amadas por Dios y capaces de hacer el bien. La imagen de Dios puede ser dañada pero no perdida.

Esto significa que podemos cambiar restaurar nuestras relaciones y responder al propósito que Dios nos dio. En resumen, estas páginas enseñan que para comprender quienes somos debemos reconocer dos cosas a la vez: Que tenemos un gran valor por que fuimos creados a imagen de Dios y que estamos marcados por el pecado que distorsiona esa imagen. Con estas dos verdades en mente podemos entender mente podemos entender nuestra misión, nuestras limitaciones y el llamado que Dios nos hace.

Resumen capítulo 5

En este capítulo, González presenta cómo la teología cristiana ha entendido la naturaleza y condición del ser humano a lo largo de la historia. Explica que, según la fe cristiana, el ser humano es creado por Dios, lo cual le otorga un valor especial y una dignidad que no depende de sus logros. A la vez, esta condición creatural implica que la persona no es autosuficiente, sino que vive en relación y dependencia de su Creador.

Uno de los temas centrales es la imagen de Dios. A lo largo de los siglos, diferentes teólogos han interpretado esta imagen de diversas maneras: algunos la relacionaron con la capacidad de pensar y razonar; otros, con la libertad moral; otros, con la responsabilidad sobre la creación; y más recientemente, con la capacidad de vivir en comunidad y en relación con otros. Todas estas perspectivas intentan expresar lo que hace al ser humano único dentro de la creación.

González también resalta que, para el cristianismo, el ser humano es una unidad integral de cuerpo y alma. No se trata de dos entidades enemigas o separadas, sino de un ser completo donde lo material y lo espiritual están profundamente conectados. Esto contrasta con visiones dualistas antiguas que despreciaban el cuerpo o lo veían como un estorbo para la vida espiritual.

Otro aspecto importante es la realidad del pecado. La iglesia no lo entiende solamente como acciones malas, sino como una condición que afecta a toda la humanidad. A partir de este punto surge la discusión entre Agustín y Pelagio: Agustín afirma que la humanidad está profundamente dañada por el pecado y depende totalmente de la gracia divina, mientras que Pelagio sostenía que el ser humano conserva la capacidad de obedecer por sí mismo. Esta disputa marcó profundamente la doctrina sobre la libertad y la gracia.

Finalmente, el capítulo recuerda que el ser humano no está hecho para vivir aislado: es un ser social, creado para relacionarse con Dios, convivir con otros y asumir responsabilidad sobre el mundo. La comunidad, por lo tanto, es parte esencial de lo que significa ser humano. Además, González subraya que la comprensión cristiana del ser humano siempre ha estado vinculada a la comprensión de Dios y de la salvación. A lo largo de la historia, la iglesia ha intentado explicar cómo la grandeza del ser humano, su dignidad, creatividad y libertad, convive con su profunda tendencia al mal. Esta tensión ha impulsado debates sobre la responsabilidad moral y la necesidad de la gracia divina para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. También resalta que las diferentes épocas han enfatizado aspectos distintos del ser humano, según sus problemas y preocupaciones culturales.

En conjunto, el capítulo muestra que la antropología cristiana es una reflexión en constante desarrollo, que busca mantener un equilibrio entre la dignidad otorgada por la creación y la fragilidad marcada por el pecado.

En conclusión, González señala que entender al ser humano desde la perspectiva cristiana implica reconocer tanto su valor incomparable como su necesidad de redención, y que solo al mantener juntos estos dos aspectos se logra una visión completa y realista de la condición humana.

En el capítulo 9, Justo L. González analiza cómo la comprensión de la salvación ha evolucionado a lo largo de la historia del cristianismo. Para los primeros cristianos, la salvación no era una idea abstracta, sino una experiencia vivida, que implicaba el perdón de los pecados, la transformación personal y la pertenencia a la comunidad de Dios, todo gracias a la obra liberadora de Cristo. Con el tiempo surgieron debates sobre el papel de la libertad humana y la gracia divina: Pelagio defendía la capacidad del ser humano para colaborar por sí mismo, mientras que Agustín afirmaba que la salvación solo es posible por la gracia de Dios.

Durante la Edad Media, la salvación se concebía como un proceso de crecimiento espiritual en el que la gracia divina y la cooperación humana se combinaban, siendo los sacramentos canales esenciales de esa gracia. La Reforma protestante transformó esta visión, subrayando que la salvación depende exclusivamente de la gracia de Dios y se recibe por la fe, sin mérito humano; Lutero enfatizó la incapacidad humana para salvarse, y Calvino la soberanía divina y la predestinación. Frente a esto, el Concilio de Trento reafirmó la cooperación humana, los sacramentos y la transformación interior, manteniendo un equilibrio entre la iniciativa divina y la participación del creyente.

En tiempos modernos, la salvación se ha ampliado para incluir la liberación social, la realización personal y debates sobre su alcance universal. A lo largo de todas estas etapas, González destaca que la idea central permanece: la salvación es la obra de Dios en Cristo, que libera, transforma y restaura a la humanidad.

En conclusión, aunque la comprensión de la salvación ha variado según la época y el contexto histórico, siempre mantiene como eje central que Dios, a través de Cristo, libera y transforma a la humanidad. La historia del pensamiento cristiano muestra cómo se ha debatido y equilibrado la acción divina y la respuesta humana, reflejando tanto la gracia como la fe, la cooperación y la experiencia de vida, adaptándose a nuevas realidades sin perder su esencia.